

## COSAS DE HUMANOS

### S.Ronda

Allí llevaba habitando desde que tengo memoria. En el aula seis de Químicas, en el agujero que hay en la esquina derecha, justo debajo del reloj que dicta cuándo es momento de conocer o cuándo no hay tiempo para el saber. Es en estos últimos ratos, en los que los asientos descansan del reposar de los futuros científicos del país y el aula disfruta de su soledad, en los que yo me dedico a explorar.

Recorro primero las baldosas que me separan de la mesa de la Doctora Alonso, tentado a mirar qué guarda en el cajón una mujer como ella. Quizá el último volumen de *Principios de Química* de Peter Adkins. Quizá no, quizá sea una mujer normal y tenga el número más reciente de la revista *Hola* manchado por el roce de su barra de labios mal cerrada y salpicado de unos pocos polvos de maquillaje. Las dos cosas lo dudo. Parece ser que hoy en día el ser una mujer competente en la Universidad y además tener tiempo para una misma no es muy común. Aunque no es lo que yo veo cuando observo desde mi refugio las caras de las alumnas de primero y segundo. Rostros ilusionados y llenos de vitalidad, mejillas rosadas y cabellos alborotados, pero controlados. Mujeres hermosas, todas ellas. Me pregunto en qué curso impartirán la explicación de por qué en España para ser mujer científica debe una volverse un "bicho raro" para los demás, esconderse detrás de unas lentes y sacrificar incluso el tiempo para limpiarlas de vez en cuando. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Continúo mi paseo rutinario hacia el pasillo que divide en dos las once filas de pupitres, dejando espacio para seis alumnos a cada lado. Hago cuentas. Miro hacia atrás. Me río del pequeño porcentaje de estos ciento y pico chiquillos que realmente tiene la posibilidad de atender a la Doctora Alonso y ver con claridad lo que cada día prepara en sus diapositivas. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Llego al final del aula. Miro a la izquierda. Los rayos del sol irrumpen por las oquedades de la persiana y conforman una tropa de soldados perfectamente alineados. Motas de polvo en suspensión dan al ambiente un tono algo nostálgico. Bajo la mirada, y veo la bandeja de enchufes a disposición de los alumnos de la última fila. Seis, no podría haber menos. Estamos en la era tecnológica y tiene que haber energía para todos los dispositivos imprescindibles para que, lo que la Doctora Alonso enseñe ese día, no caiga en saco roto. Los folios, bolis y salir del aula con el lado externo del puño manchado de mina de lapicero al rozar con un folio lleno de apuntes ya sólo forma parte del ambiente nostálgico de las clases. Como el polvo en suspensión. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Suspiro. Voy a la esquina opuesta. Sé que, en ese sitio, en la última fila, se sienta Ibáñez. Siempre trae un sándwich que su madre le prepara. Firma la asistencia de primera hora y se marcha, olvidándose la mayoría de días la merienda. Mejor para mí. Tengo entendido que el ir a la Universidad no es como el Colegio, no es obligatorio. Me pregunto por qué su madre con un bocadillo con un par de rebanadas de imposición, una loncha de querer lo mejor para su hijo y otra de ingenuidad, arrastra cada mañana a Ibáñez al aula seis. Para que su hijo firme y haga su vida luego. No lo entiendo. Cosas de humanos supongo.

Vuelvo a mi refugio con la comida, mirando a un lado y a otro, imaginándome algún día sentado en uno de esos pupitres, tomando apuntes y aprendiendo de la Doctora Alonso. Descifrando los jeroglíficos que ponen en la pizarra cuando el proyector no funciona y hay que dar la clase como si estuviéramos en la Prehistoria, ¡cuando Ibáñez aún iba al Colegio! Qué rápido cambian las cosas en la Universidad... Y qué poco entiendo yo... Pero no sé qué pretendo, al fin y al cabo, soy sólo un ratoncito que salió del Laboratorio de Químicas y ahora habita en el aula seis. Debajo del reloj que dicta cuándo es momento de conocer o cuándo no hay tiempo para el saber.